

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XV. — NÚM. 702

Madrid, 28 de Junio de 1934

PRECIO: 25 CÉNTS.



CRÓNICA

LA PESADILLA

Lo es para los clericales la cuestión de la libertad de cultos, implantada desde el siglo pasado en todo el mundo, ¡hasta en Marruecos!, y que aquí no acaban de digerirla ni de tragarla los fanáticos de Roma, y los amigos de la libertad para ellos y la opresión para los demás.

Espigando aquí y allá en la Prensa diaria durante la quincena transcurrida, lo primero que llamó nuestra atención, y no por otra cosa, sino por la falta de conocimientos y de comprensión de algunas personas que hacen gala de intelectualidad, fué el artículo que con el título *La libertad de cultos*, publicaba un diario de Madrid, que se caracteriza por su rabioso clericalismo, exacerbado desde la implantación de la República en España. El articulista, poniendo paño al púlpito, venía a decir que la libertad de cultos había sido un fracaso, ya que no había servido para nada, pues en España seguía habiendo una religión solamente: la romana, que por cierto, con régimen de libertad de cultos, gozaba de menos libertad que antes (¡Ahí duele!, señor literato).

Cortamos el artículo en cuestión, y lo pusimos sobre nuestra mesa con el ánimo de dedicarle el comentario debido, y hacer ver al autor del referido artículo que no debe escribirse de cosas que no se conocen, porque de este modo se fomenta el error y se oculta la verdad. Pero nuestro querido amigo de Sevilla, D. Santos Molina, que ha visto el mismo artículo en el diario homónimo de aquella ciudad, nos ha dado el trabajo hecho, con una carta que ha enviado al susodicho periódico (que por supuesto no la ha publicado) y a otros diarios de aquella localidad y también de Madrid, que sí la han publicado, y que nosotros nos complacemos en reproducir, porque contesta, mejor que lo hubiéramos hecho nosotros, a los desahogos y a la frescura del articulista. Helo aquí:

«Señor director de... Madrid.

Muy distinguido señor: Me tomo la libertad de dirigirle a usted la presente para su traslado a D. Julio Camba, ya que en el número de... (edición de Andalucía) del día 15 del actual firma dicho escritor un artículo sobre *La libertad de cultos* que no responde a la realidad.

Quiero hacerle el honor al señor Camba de creer que al expresarse como lo hace es porque ignora que hay en España una Iglesia bastante numerosa que no sigue los derroteros espirituales de la que fué Iglesia oficial del Estado hasta el advenimiento de la República. Esta Iglesia, que nunca ha sido oficial, ni desea serlo, ha sufrido en tiempos pasados muchas vejaciones, habiendo estado sus propagandistas sumamente dificultados para todo trabajo exterior que no tuviera por radio el estrecho recinto de sus capillas. Actualmente cuenta la Iglesia de referencia unos 300 locales de culto, los cuales están diseminados mayormente entre las capitales y pueblos más importantes de España. Tiene además un buen número de «colportores», hombres que van distribuyendo itinerantemente porciones bíblicas por todas las provincias de España; cuenta con un Seminario, otros varios centros de enseñanza y algunos centros de beneficencia, honrándose en pertenecer a esta Iglesia maestros, médicos, abogados, catedráticos, etc.

Últimamente ha celebrado un Congreso en Madrid, al que se han inscrito 723 delegados. Le incluyo un ejemplar de ESPAÑA EVANGÉLICA (una de las publicaciones de la susodicha Iglesia), que describe tan importante comicio, y le dará idea del mismo por las fotografías que lleva. También podrá apreciar las conclusiones que

en ese Congreso se han votado. En fin, esta Iglesia ha hecho valer su personalidad ante los Poderes constituidos, con arreglo a lo legislado últimamente sobre el particular.

¿Cómo, pues, dice el señor Camba: «Proclama (la Repú-

blica) la libertad de cultos y no aparece por ahí ni un solo culto de mala muerte que pueda utilizar esta libertad y manifestarse de un modo ostensible?» Y luego agrega: «Cuando por fin se la implantó (la libertad de cultos); cuando, al cabo de tanto afán, se logró que los cultos más diversos tuviesen en España iguales derechos e idénticas prerrogativas, resultó que aquí toda la diversidad de cultos consistía sencillamente en que mientras unos ciudadanos adoraban a la Macarena los otros estaban dispuestos a dejarse matar por la Pilarica, y en que si éstos sentían una veneración especial por San Roque, aquéllos, en cambio, no llegarían al sacrificio por nadie más que por San Fermín».

Y ahora, una pregunta por nuestra parte para el señor Camba: Aunque fuese absolutamente cierto lo que él dice, ¿no es un principio de justicia que en cuestiones de conciencia el Estado (que no tiene alma) deje en entera libertad a los ciudadanos para que elijan y practiquen el sistema que crean más conveniente para dirigirse al cielo? Pues si reconocemos tal libertad como justa, bien está que sea ley.

Pidiéndole perdone el tiempo que esta carta le va a distraer, y agradeciéndole se sirviera darle cabida en las columnas de su periódico, queda de usted afectísimo y s. s., Santos M. Molina.»

Hasta aquí la respuesta acertada de nuestro amigo, que desde luego hacemos nuestra.

El articulista de marras ha errado por esta vez la puntería. Nosotros, sin los títulos de periodista ni de intelectual que él pueda ostentar habríamos hablado de la libertad de cultos implantada por la República, pero que deja los cultos poco más o menos como estaban antes de que existiera, y en este aspecto si que podría hablarse de si ha sido un fracaso o no. Y conste que lo que vamos a añadir podemos demostrarlo con casos concretos, y no lo hacemos por el afán de polemizar.

La Iglesia romana continúa siendo la Iglesia mimada y privilegiada con la República; las demás Iglesias continúan figurando como las cenicientas. Los edificios de la Iglesia romana siguen exentos de toda clase de tributos; los demás templos continúan pagando crecidos tributos, cual si se tratara de establecimientos fabriles o comerciales. El clero de la Iglesia romana vuelve a cobrar del Estado; los ministros de las demás Iglesias tienen que seguir viviendo de las limosnas y donativos de sus amigos y feligreses. La Iglesia romana puede seguir paseando sus procesiones por las calles, aunque se esté en estado de alarma; los evangélicos no podemos reunirnos en un mitin en local cerrado (al caso reciente de Toledo, hay que añadir el de Badajoz...). Y para qué seguir. En este sentido, sí, podemos decir que la libertad de cultos no ha dado el resultado que se esperaba, ya que en la cuestión religiosa el Estado actual da a unos todo y a otros nada. Y no sabemos a este paso dónde iremos a parar.

Dentro de pocos días van a celebrar todos los que no militan en la Iglesia romana (que son los más) el centenario de la abolición de la Inquisición, al cual, una República laica debería en conciencia adherirse. Pues ya veremos la actitud en que se colocará el Gobierno echando mano del cómodo resorte del estado de alar-

ma que, repetimos, no se cuenta cuando se trata de los romanistas.

Las blanduras y las atenciones se guardarán, sin duda, para llevar adelante las negociaciones con Roma, de donde llegan malos vientos, pues según los telegramas de la Ciudad Vaticana, se presentan dificultades para seguir adelante, debidas a la misma

estructura de la República y de su Constitución. ¡Veremos en qué para todo esto! Que no ocurra en que todo pare en que se suba el vino, como decía aquel pobre ciudadano agobiado por la carestía de la vida.

FERNANDO CABRERA.

EL EVANGELIO PARA LOS CATÓLICOS

Trabajo leído por su autor en el III Congreso Evangélico Español.

CONVIENE advertir que al desarrollar este tema, no tengo en cuenta a la inmensa mayoría de los católicos que sólo saben del Evangelio por el nombre y que nunca lo han leído, sino a los católicos ilustrados, sobre todo a los sacerdotes y obispos, incluyendo al mismo Papa.

Hecha esta advertencia, comienzo, señores, diciendo que solamente hace catorce años que dejé de ser católico romano, así es que, aunque viejo, soy joven en el campo evangélico, y sé muy bien que mi lugar no es el que ocupó en estos momentos, sino el que ocupáis vosotros para escuchar y aprender. Pero al enterarme del tema que se me había confiado, cambié de opinión y me dije: éste es mi tema; ningún evangélico, ni ningún católico, está tan capacitado como yo para desarrollarlo. No lo está el evangélico, pues, aunque en teoría puede saberlo, no puede saber el sentir de los católicos sobre este punto, ya que para ello es necesario haber sido católico, y, más aun, católico verdadero e ilustrado. ¿Cómo saber el sentir y la experiencia de una verdad religiosa, sin pasar por esta experiencia y sin haber sentido tal verdad? No lo está el católico, porque aunque creará saberlo y expondrá con toda sinceridad su sentir y su pensar sobre tal punto, como le falta (cosa incomprensible para él) la verdadera luz de la fe, no puede ver la realidad. Así es que solamente puede ver esta realidad el que ha sido católico sincero e ilustrado y se ha convertido al Evangelio, por haber recibido esta verdadera luz de la fe. Que yo he sido católico sincero, lo dice el que he sido monje benedictino, por espacio de trece años, en el célebre monasterio de Montserrat, en Cataluña, desde los diecisiete años a los treinta; y quince sacerdote católico. Y aunque os parezca incomprensible, estaba tan de buena fe en aquel error que nunca tuve la más pequeña duda, y hubiera dado mil veces la vida por aquella Iglesia tan seguro estaba que vivía en la verdad. Y que me he convertido realmente al Evangelio, por el desarrollo de mi discurso podréis fácilmente juzgarlo.

Ante todo, señores, los Evangelios, como toda la Biblia, para un católico, son un libro de consulta: acuden a ellos, sobre todo los sacerdotes, para encontrar las razones divinas para apoyar sus tesis o sermones; tesis y sermones no sacados de la meditación de la palabra de Dios, sino que ésta les sirve para confirmar lo que han

pensado sobre algún tema, esto es, para confirmar sus propias opiniones. No es la palabra de Dios, los Evangelios, el fundamento de sus estudios o sermones, no es su substancia, el meollo de ellos, sino que es un añadido: en una palabra, no son ellos, los católicos, los servidores de la palabra de Dios, sino la palabra de Dios es la servidora de ellos. Con esto podéis daros cuenta de la enorme diferencia entre ellos y nosotros. Como veréis, ellos y nosotros *casi* creemos lo mismo, y con ello veréis la importancia del *casi*, pues lo que comienza por ser una pequeñísima diferencia, que solemos no darle importancia por ser tan pequeña, ya que *casi* decimos lo mismo; no obstante, a medida que sacamos las consecuencias de este *casi*, van agrandándose de tal manera las diferencias, que aquello tan pequeño que nos separaba se ha transformado en abismos infranqueables. Vamos a verlo. Los Evangelios son para el católico, igual que para nosotros, los libros sagrados, inspirados por Dios, en donde se narra la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Son para el católico, igual que para nosotros, el manantial divino, donde hemos de acudir para saber de la vida de Jesús, para saber sus enseñanzas, para saber el plan de salvación. Él cree, igual que nosotros, todo cuanto hay en los Evangelios. Todo lo que hay en ellos es de fe. Por lo tanto cree, como nosotros, que Cristo es nuestro Salvador, el Salvador del mundo, que sin Cristo no hay salvación. Y no obstante de todo esto, aunque los católicos y nosotros creemos en los Evangelios y creemos en todas sus doctrinas y enseñanzas, y, sobre todo, creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios y que es nuestro único Salvador, y, que, por lo tanto, *parece* que tenemos una misma fe y que todos somos uno, por desgracia no es así; ellos son uno con su Iglesia, y nosotros somos otro con los Evangelios. Ved si no esta realidad que he visto desde que soy evangélico: para el católico, los Evangelios, como la Biblia, son para él lo que son todos los libros sagrados de las otras religiones para sus respectivos creyentes, quiero decir, que el católico sabe que para salvarse lo tiene todo en este libro; como los budistas, confucianos, mahometanos, etc., creen tenerlo en los suyos, pues aunque el católico sabe que para salvarse ha de obedecer y creer en todo lo que la Iglesia enseña, cree él que esto mismo está sacado de los Evangelios. Para salvarse, pues, ha de practicar las ense-

ñanzas y creer en las doctrinas de los Evangelios; lo mismo que los budistas, confucianos, mahometanos, etc., han de creer y practicar lo que hay en sus libros sagrados. Jesús, sí, es el Salvador, sin Él nadie puede ser salvo, puesto que Él nos abrió, con su muerte, las puertas del cielo. Él es, pues, el Salvador. Ahora lo que hay que hacer es ir al cielo, entrar por las puertas abiertas por Jesús. ¿Cómo? Practicando sus enseñanzas, haciendo el bien, haciéndose bueno. ¿Comprendéis la diferencia entre ellos y nosotros, mejor dicho, comprendéis la enorme diferencia entre ellos y nosotros? Para ellos, Jesús es el Salvador, en el sentido de que con su muerte nos ha abierto las puertas del cielo, esto es (fijarse bien en esto), es en realidad una condición *sine qua non* para salvarse. Pero el que se salva es el que practica las enseñanzas evangélicas; son éstas las que salvan, o mejor, cada uno es el salvador de sí mismo practicando estas enseñanzas. Dad si no una mirada por todos los pueblos que domina la Iglesia católica... y ¿qué veréis? Conventos, y en ellos monjes, frailes, hermanas de la caridad, etc., y ¿para qué? Para practicar los consejos evangélicos y así asegurar más y más su salvación. De tal manera que casi todos ellos tienen la promesa divina, hecha a algún miembro, más o menos santo, de su orden, que el que muere con tal hábito (cada cual entiende en el de su orden) no se puede condenar, sino que tiene el cielo seguro. Por lo tanto, señores, no hay mejor salvador que su orden respectiva. ¿No es todo esto completamente antievangélico? Y para confirmar que no exagero, ved el dogma del Purgatorio. ¿Qué enseña este dogma? Que casi todos los salvos van allá a pagar lo que falta por pagar a la justicia divina por sus pecados. De manera que aunque Cristo pagó por ellos con sus méritos infinitos, ha quedado debiendo algo que debemos pagar nosotros. ¿Hay algo más anticristiano y antirracional que creer que lo infinito no es bastante?... ¿Cómo puede ser infinito si le falta algo? ¿Comprendéis el absurdo? Por desgracia, no se han dado cuenta los católicos de la verdadera esencia del Evangelio: al confesar, como nosotros, que Cristo es nuestro Salvador, no han sabido sacar la consecuencia lógica de esta verdad, que es ésta: Si Cristo es nuestro Salvador, luego no nos salvamos por la práctica de sus enseñanzas y por creer en sus doctrinas, esto es, no nos salvamos por los Evangelios, sino que nos salvamos únicamente por Jesús... es Él quien nos salva, no sus enseñanzas y doctrinas, como claramente lo manifiesta el apóstol Pablo cuando dice: «Si Cristo no ha

(Continúa en la página 148.)

CHARLES HADDON SPURGEON

Los protestantes ingleses están celebrando estos días el centenario del nacimiento de uno de los predicadores más grandes del siglo XIX: Charles Haddon Spurgeon; y a él, o mejor a su obra, queremos, y lo consideramos de justicia, dedicar hoy unas líneas.

Nació Carlos Spurgeon en Essex, pequeño pueblo del condado de Kelvedon, Inglaterra, el día 19 de Junio de 1834. Su padre era ministro de una pequeña Iglesia Congregacional en Tollesbury, y su abuelo era también ministro del Evangelio, de manera que procedía por línea directa de una familia de predicadores, y ya de niño, le agradaba hablar a sus hermanos como formando éstos una pequeña congregación; éste era su pasatiempo favorito.

Él debió mucho a la influencia religiosa de su madre, la cual todos los Domingos por la tarde, reunía a los hijos, les leía un pasaje de la Biblia, se lo explicaba versículo por versículo, y después oraba. La historia de su verdadera consagración al Señor no deja de ser curiosa. Era el Domingo, 6 de Enero de 1850, un día nivoso, y en lugar de ir a la Iglesia donde acostumbraba, se fué a otra más cerca. El ministro no vino, y un hombre de no muchas letras se encargó de dirigir el culto y hablar a las diez o doce personas que constituían el auditorio, tomando como texto: «Mirad a Mí y sed salvos todos los términos de la tierra». El predicador, cuando ya iba a poner fin a su discurso, dirigiéndose de un modo especial al extraño que le escuchaba, decía: «Joven, mírate tal cual eres: miserable en la vida y miserable en la muerte, de no aceptar el texto; pero si lo aceptas, en este momento serás salvo. ¡Joven, mira a Jesucristo, mírale, mírale! No hagas nada sino mirarle, y vivirás». Este fué el punto de partida de la vida de consagración al Señor de Spurgeon. Él vio el camino de salvación y se convenció de su sencillez y libertad, y desde entonces se propuso anunciar a otros el mensaje que tanta paz y tanto gozo había traído a su alma.

Si la grandeza y la excelencia de un predicador se miden por su poder de tener atentas grandes multitudes, bien puede decirse que Spurgeon estaba en la primera fila. Todos los Domingos tenía un auditorio entre cinco y seis mil personas, y en más de una ocasión dirigió la palabra a más de 24.000 personas, reunidas en el Palacio de Cristal, de Londres. Si dependen del espacio de tiempo, durante el cual pudo ejercer este dominio, también Spurgeon fué fácilmente príncipe de predicadores, pues habiendo comenzado a predicar cuan-

do tenía diez y siete años, continuó por cuarenta, sin que ni un Domingo siquiera faltase su contingente de oyentes en el gran Tabernáculo del sur de Londres. Si depende de la circulación y popularidad de sus sermones, tampoco en esto ha tenido competidor. Durante más de sesenta y dos años se publicó un sermón semanal, publicándose el último el 10 de Mayo de 1917, que alcanzaba el número 3.563. Muchos de ellos fueron traducidos a diferentes lenguas, y de algunos se tiraron más de medio millón de ejemplares. Se dice que el sermón que



CARLOS SPURGEON

predicó un día contra la idea o doctrina de la regeneración por medio del bautismo, llegó a alcanzar una cifra de tirada de 200.000 ejemplares, cifra que entonces era realmente fabulosa. Por todo esto, que creemos no ha concurrido en ningún otro predicador cristiano, bien puede decirse que Spurgeon ha sido uno de los mayores y más notables predicadores cristianos.

A la edad de diez y ocho, fué nombrado pastor de una Iglesia Bautista, siendo dos años más tarde trasladado a una Iglesia en el sur de Londres. Aunque en esta Iglesia se habían llevado a cabo trabajos ministeriales muy renombrados, cuando Spurgeon se hizo cargo de ella pasaba por un período de decadencia. Cabían en el edificio más de un millar de personas, y al primer sermón del joven pastor sólo acudió un centenar. Pero muy pronto el auditorio fué creciendo, hasta tal punto, que se hizo preciso aumentar el número de los asientos, y por fin fué necesario construir un gran local, el Tabernáculo, con capacidad para seis mil personas, que se vió ocupado por un auditorio fervoroso, desde el día de su apertura, 18 de Marzo de 1861, hasta

el último sermón que predicó el famoso pastor, que bajó a la tumba en los comienzos de 1892.

¿Y en qué consistía el secreto del poder de este ilustre campeón del Evangelio? Dejemos aquí la palabra al famoso diario londinense *The Times*, que al dar cuenta de su muerte, decía:

«¿Cuáles han sido las cualidades especiales que le han elevado a la primera fila de predicadores, y le han mantenido en ella todo el tiempo hasta su muerte? Conocimientos científicos no fueron. Por una especial Providencia, según él creía y decía, se le había negado tal ayuda. Tal vez le hubiera sido útil. No tenía inconveniente en confesar esto. Necesario no era ciertamente, como lo probaba el suceso. Tampoco fué la posesión del don de la elocuencia en el sentido ordinario de esta palabra. Es cierto que tenía grande afluencia o facilidad de palabra; pero su estilo era eminentemente familiar. Llano, viril, sin afectación, absolutamente desprovisto de adornos inútiles y siempre obediente al uso que quería hacer de él. ¿Acaso fué la proclamación de nuevas enseñanzas que su congregación ignorase hasta que él se las revelara? La respuesta es negativa. Spurgeon no enseñaba nada que sus oyentes más indoctos no conocieran ya. Pero eso sí, lo enseñaba con una autoridad y una confianza enteramente únicas y especiales».

Otro periódico decía: «Siempre consideraba la salvación como una cosa maravillosa y sobrenatural, ganada por las luchas las angustias y la sangre de Cristo; que la sangre de Cristo fuese una de las fuerzas originarias del Universo, era para él cosa increíble. Esta salvación, gloriosa, ganada a costa de tan supremo esfuerzo, era para él muy segura, esto es, «no dependía de la criatura», descansaba absolutamente en Dios. No era del hombre ni de la voluntad de la carne. Muchos de los oyentes de Spurgeon habían tenido poca suerte para ganar los premios de esta vida; pero Dios no los escoge por razones que influyen en la elección de los hombres; su elección fué por gracia; de otra manera su caso era desesperado, y así como Dios los había elegido, de la misma manera los guardaría».

He aquí el gran secreto de su poder y popularidad. Sabía y creía lo que enseñaba con una confianza y seguridad ilimitadas, y el magnetismo de su propia confianza se comunicaba irremisiblemente a sus oyentes. Spurgeon ha sido una de las grandes demostraciones de la potencia de Dios por medio de su Evangelio para dar la salvación a todo aquél que cree.

Recomiende a sus amigos

➡ ESPAÑA EVANGÉLICA

Sigue:

El Evangelio para los Católicos.

resucitado, vana es nuestra predicación... y seríamos los más desgraciados de este mundo». Si nos salváramos por las enseñanzas de Cristo, Pablo no tendría razón en decir tal cosa, puesto que aunque Cristo no hubiese resucitado, teníamos sus enseñanzas, y por lo tanto nos salvaríamos igualmente. Pero no; el Cristianismo se funda no en doctrinas, sino en un una persona: Cristo, el Hijo de Dios. Y no es de extrañar que no teniendo la verdadera visión del Cristianismo, al oírnos predicar el verdadero Evangelio, al oírnos decir que no somos salvos por sus enseñanzas, sino que lo somos por Cristo, ellos, que se precian de muy lógicos, sacan esta falsa consecuencia: luego, a vosotros, los evangélicos, os tiene sin cuidado todo cuanto hay en los Evangelios, nada os importan sus enseñanzas, ya que no salvan, y una vez más repetirán aquella insigne calumnia; Lutero ya lo dijo: cree firmemente y peca fuertemente. No, señores católicos, al decir esto, confirmáis vuestra ceguera y demostráis no entender lo que es amar a Jesús. Escuchad lo que decimos. La equivocación de los católicos está en que ponen la salvación en la práctica de las enseñanzas de Jesús; en la práctica de las buenas obras, en hacerse buenos, santos. Y nosotros afirmamos, conformes con el Evangelio, que la salvación no está en lo que dicen los católicos, sino únicamente en la persona de Cristo, de manera que nos salvamos no por las buenas obras, sino por Cristo, pero... (oído bien, señores católicos) precisamente porque somos salvos por Cristo lo amamos, y porque lo amamos practicamos sus enseñanzas, como él mismo ha dicho: «Este es el que me ama, quien guarda mis mandamientos», de modo que no pecamos para salvarnos, sino porque ya somos salvos, por esto ya no pecamos. Resumiendo: Para el católico, el Evangelio es el libro sagrado, inspirado por Dios, en donde se halla la vida de Jesús, sus enseñanzas y doctrinas, mediante las cuales nos salvamos. Nada más. Para nosotros, el Evangelio es el libro sagrado en que hemos encontrado a Jesús, y, claro está, nos quedamos con Jesús. Jesús en primer lugar, su Evangelio en el segundo. Es Él quien nos salva, no su Evangelio. Y como éste es suyo, esto es, contiene sus enseñanzas y doctrinas, al quedarnos con Jesús nos quedamos también practicando sus enseñanzas y creyendo sus doctrinas, no para salvarnos, sino porque precisamente ya somos salvos por Jesús, amándole, es natural que practiquemos sus enseñanzas, ya que queremos hacer su voluntad, pues en esto consiste toda la verdadera religión: cumplir la voluntad de Dios, como nos lo enseñó el mismo Cristo: «Sea hecha tu voluntad así en la tierra como se hace en el cielo». El católico nunca está seguro de su salvación, pues según la enseñanza de su Iglesia, al morir nos hemos de presentar en el tribunal de Dios

para dar cuenta de nuestras obras de toda nuestra vida, y ¿quién podrá salir airoso en este tremendo juicio? Mientras que nosotros sabemos por la palabra de Dios, «que ninguna condenación hay para el creyente en Cristo Jesús».

Y como estoy convencidísimo desde que soy evangélico, que el Cristianismo es la religión racional por antonomasia, como no puede menos de ser siendo la verdadera dada por Dios, quiero terminar con una consideración de sentido común, que nos hace ver, a lo menos a mí, que lo más sobrenatural del Cristianismo, lo que no quieren admitir los sabios de este mundo por irracional, que la salvación es por gracia, no por obras; en una palabra, que lo sobrenatural que está por encima de la razón,

LA BARCA SOLITARIA

*Rotos los remos, el timón partido,
la vela destrozada, como loca
está la pobre barca, sin camino,
mordida por las olas.*

*Crujen sus tablas, corazón herido
que siente agonizar su vida y llora,
y el mar, sin alma, a cada nuevo grito
del barco roto, goza.*

*¿Qué importa que le grite
la luz del faro en sombras:
¡al puerto, al puerto!, mientras no la guíe
la mano vigorosa?*

*Cansada de luchar, sobre su quilla
se han montado las olas
y lentamente se hunde la barquilla...
¡Piedad, Señor, para las almas solas!*

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN

como es de Dios, no puede menos de estar conforme no sólo con la razón, sino con el sentido común (¿queréis mayor paradoja?), terminaré este mi trabajo con esta comparación: Imaginémonos que somos unos trabajadores del campo, y al concluir nuestro trabajo, yendo con alpargatas o descalzos, en mangas de camisa, sucios, con las manos y cara llenas de tierra, al pasar por delante de un suntuoso palacio, oímos música y cantos... nos acercamos y por una ventana podemos ver lo que pasa dentro de aquella rica mansión. Están celebrando una fiesta, los salones están llenos de aristócratas vestidos de etiqueta, las señoras con riquísimos vestidos, adornadas con sus joyas, etc., y mientras nosotros estamos mirando todo aquello, se acerca el dueño de aquel palacio y amablemente nos invita diciéndonos: ¿qué hacéis, amigos, aquí fuera?, entrad y participad de la fiesta. ¿Qué haríamos y qué responderíamos? ¿Entraríamos en aquellos salones? Ah, no, sino que diríamos: ¿Cómo quiere, buen señor, que entremos? ¿Qué, no ve cómo vamos? —No importa, entren. —Gracias, gracias, pero no entramos; ¿qué dirían de nosotros aquellos señores? No,

no, imposible. ¿Comprendéis, amigos? Supongamos que Dios, abriéndonos el cielo, nos dijera: Entrad, mortales, en mi presencia, os doy permiso, franca tenéis la entrada. ¿Quién de nosotros entraría? ¿Qué es aquel palacio, aquellos señores, aquella riqueza, comparados con lo que es Dios, ser infinito? ¿Y qué es aquella pobreza y suciedad, comparada con lo que es nuestra alma con sus miserias? ¿Qué es el ser finito, como es toda criatura, comparado con el ser infinito, como es Dios? ¿Quién se considerará tan puro para presentarse ante la infinita pureza de todo un Dios? ¿Quién tan santo, para presentarse ante la misma santidad de Dios? No, imposible, nadie entraría. Con cuánta razón pedía Agustín de Hipona: Señor, que te conozca y que me conozca. En estos dos conocimientos se encierra todo. Quien conozca a Dios, tal como es, y se conozca a sí mismo, tal como es, reconocerá imposible de toda imposibilidad entrar en el cielo, imposible la salvación. Pero, oh, sabiduría y misericordia de nuestro Dios. Nos dió a su Hijo, Dios y hombre, para que con sus méritos infinitos pagara nuestras deudas; tomando sobre sí nuestros pecados fué castigado con la muerte en la cruz y con su sangre nos ha limpiado de todos nuestros pecados, y limpiados así y cubiertos con sus méritos infinitos, entramos con la frente bien alta en la misma presencia de Dios, pues podemos decir con verdad: Gracias, oh, Padre, si grandes son nuestras deudas, más grandes son tus bondades, ya que nos has dado poder para pagártelas con creces, dándote más de lo que te debemos, ya que te ofrecemos los méritos infinitos de Jesús, tu bendito Hijo. Y lo que es más de admirar, todos los que estarán allá, todos irán con los mismos ropajes, por los mismos méritos, por la sangre de Jesús. Con cuánta razón dijo el salmista: «La misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron». ¿Qué más racional, señores, que esta gran verdad sobrenatural, de que todos salvos por gracia, los creyentes en Cristo Jesús? ¡Oh, hermanos, demos desde el fondo de nuestro corazón gracias a nuestro Dios por este infinito amor de habernos dado un tan grande y perfecto Salvador! Gloria sea al Padre, gloria sea al Hijo y gloria sea al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

ALFONSO VALLMITJANA

Pensamientos.

El hombre se perdió por creer en el diablo; el hombre se salvará creyendo en Cristo.

Dios busca la regeneración del perdido, no su reforma.

Debemos de entristecernos más por nuestros pecados, que por los sufrimientos que nuestros pecados nos traen.



REVELACIÓN

Una muchacha maldita.

LA pequeña Jivu, morenita de ojos grandes y vivos, era la hija menor de un agricultor en el Sur de la India, y la más querida y preferida de la familia. Pero el cumplimiento de las costumbres de los antepasados es más fuerte en India que el amor a los suyos, y cuando el marido a quien la pequeña Jivu había sido dada en matrimonio al nacer, pidió que se le diese la niña al cumplir nueve años, no podía hacerse nada sino mandar a la hijita querida a casa de su marido.

Al principio, la vida de la niña fué muy feliz, porque el anciano que era su marido la mimaba y quería mucho; pero la hermana encargada del cuidado de la casa y del padre ancianito, estaba celosa por las atenciones que recibía Jivu. Entonces la niña se convirtió en una esclava, cocinando y trabajando duramente en la casa y cuidando de los dos ancianos. Para colmo de desgracia el esposo enfermó. Una mujer maligna le había administrado uno de esos sutiles venenos tan corrientes en la India, que consumen la vida de una manera misteriosa, trayendo consigo una muerte lenta, pero cierta. La causa de su enfermedad era desconocida y los astrólogos y sacerdotes a quienes consultaron dijeron confidencialmente que todo era debido al pecado de Jivu en un estado de existencia anterior. Sin embargo podía curarse. Jivu debía adorar a los dioses de una manera especial para evitar así la muerte de su marido. Cuatro o cinco horas al día tenía la niña que pasar en esta adoración, con una serie de abluciones y postraciones delante de varios ídolos. Cien veces al día tenía la infeliz que caminar alrededor de cierto templo.

Pero los dioses no querían ser propicios. El marido empeoraba cada día en lugar de mejorar. Un día mandaron a la pequeña Jivu a un recado al otro extremo del pueblo.

«Date prisa y vuelve pronto a casa», fueron las instrucciones de su marido enfermo. «No pierdas tiempo en el camino».

Corriendo por el polvoriento camino, medio ciega por los rayos ardientes del sol reflejados en el suelo, Jivu no oyó ni vió los bueyes sagrados que salían del templo. Medio la atropellaron, y cayó al suelo, derramando las frutas, las flores y una vasija de barro que llevaba. Llegó a la casa llorando, y para agravar su situación encontró a su esposo casi a las puertas de la muerte, y a los miembros de la familia reunidos, lamentándose amargamente y golpeando sus pechos.

«Estás matando a tu marido, muchacha

maldita», le dijeron todos. «Sal y escóndete en el lugar más oscuro de la casa».

Al fin el marido murió y los diez primeros días después de su muerte la pobre Jivu estuvo encerrada en el cuarto donde había muerto, cumpliendo las numerosas ceremonias de la viuda. Al décimo día la llevaron al río para que cumplierse el rito final. Allí los sacerdotes hicieron tres bolas de arroz cocido y mandaron a Jivu que adorase aquello. La bola más larga representaba el alma del marido muerto. Le hicieron quitar a la pobre niña sus preciosas joyas, gozo y tesoro de toda mujer casada en India, y le arrancaron el velo bermellón de su cabeza, lo que indicaba que era casada. Esto tenía ella que presentarlo a su marido: la mayor de las bolas de arroz. Después vino la parte más difícil de la ordalia. Jivu tuvo que meterse en el río hasta que el agua llegara más arriba de la cintura y la hicieron zambullirse cien veces. Diez, veinte, treinta veces y siempre su pelo negro y brillante, salía chorreando agua. Por un momento vaciló, casi se desmayó... pero los crueles sacerdotes no tuvieron compasión de ella. Era la costumbre, y la viuda tiene que cumplir fielmente todas las ceremonias ordenadas o de lo contrario el marido muerto va al Infierno. Por último Jivu cayó en la orilla agotada.

Algunos días después Jivu fué llevada al hogar paterno. Aunque su familia la amaba mucho, ella era ahora una viuda, y las viudas para ellos son malditas. En el corto espacio de seis meses diez miembros de su familia murieron, y Jivu fué todavía más maldecida por los pecados que habían traído tragedia tan funesta. No solamente había ella acabado con su marido, sino con diez personas más.

Uno de sus hermanos iba a casarse. Era ocasión de fiesta y alegría para todos menos para la niña viuda. Su presencia era una maldición dondequiera que iba. Todos sus parientes fueron a la boda, pero ella tuvo que quedarse en casa. Como niña al fin, y no entendiendo lo peor de su condición, Jivu se escapó, y se presentó en el lugar donde se estaba celebrando la ceremonia nupcial. Gritos y maldiciones fué el saludo que recibió. La familia estaba horrorizada, porque la presencia de una viuda en una boda era presagio de mala fortuna. El resultado fué que los invitados se fueron, dejando la ceremonia para un día más oportuno.

La próxima vez tuvieron buen cuidado de dejar a Jivu encerrada con llave, seguros de que esta vez era imposible una escapada.

La vida de Jivu no podía ser feliz, a pesar de que sus padres la protegían contra

las peores consecuencias de la viudez. Pero un día la niña perdió esta protección, pues una plaga de cólera ocasionó la muerte de sus padres, dejando a la pobre niña, a la edad de trece años, al cuidado de unos parientes. Ella se volvió esclava con la responsabilidad y cuidado de la casa, los chicos y el ganado. Todos los días era necesario ir a la montaña a cortar hierba para las vacas, y si no traía suficiente era recibida con una paliza y maldiciones. Su cuñada se negó a darle alimento. Jivu tenía que mantenerse de la leche de una vaca que su padre le había regalado antes de morir, y todos los días trepaba a un cocotero que había cerca para comer de sus frutos. En una ocasión mientras subía al árbol se dió cuenta de que se había herido y sus piernas sangraban. Pedazos puntiagudos de cristal habían sido clavados en el tronco del árbol para que la niña no pudiera trepar más a él.

En un pueblo vecino se celebraba un festival, y Jivu tomó los hijos de su hermano para unirse a los que alegremente disfrutaban del espectáculo. Pronto se vieron al borde de una multitud en cuyo centro estaba un hombre hablando palabras extrañas, palabras que ella jamás había oído... Era la historia de un Dios que amaba a los hombres y había muerto por ellos. La palabra penetró en su corazón, y un gran deseo se apoderó de ella de oír más acerca de esta maravillosa historia que acababa de escuchar. Para poder ir a oír al hombre que hablaba estas palabras misteriosas Jivu sacó de un escondrijo unas cuantas monedas, regalo de su difunto padre, las cuales había tenido buen cuidado de esconder, y compró hierba para el ganado en lugar de perder tiempo cortándola. Durante varios días Jivu siguió al misionero escuchando atentamente su predicación. Él se fijó en la muchacha y la invitó a su casa, donde su esposa le habló más del Evangelio y la obsequió con té. Esto significaba romper con su casta, un pecado imperdonable en la India.

No pasó mucho tiempo sin que el hermano de Jivu se diese cuenta de que la pequeña había cesado de adorar el ídolo familiar. Entonces empezaron grandes pruebas para la desgraciada Jivu.

«O adoras al ídolo o te daré una paliza», gruñó el hermano.

Toda la noche la dejaron encerrada en un cuartico con el horrible ídolo. Pero Jivu había encontrado un nuevo gozo, y casi toda la noche se la pasó leyendo un Nuevo Testamento que la misionera le había regalado. Al llegar la mañana siguiente su hermano la sacó del cuarto.

«¿Has hecho «puja»?», le preguntó. «No» fué la respuesta. Entonces empezaron los golpes, que caían sobre la niña como aguacero desencadenado. Como esto no tuvo el efecto deseado por el hermano cruel, tomó entonces un aguijón y se lo clavó a la niña por el costado. La herida sangraba de tal manera que Jivu cayó desmayada, y así fué abandonada de su familia.

La nueva fe encontrada por Jivu no había aprendido aún a regocijarse en el sufri-

miento, así que cuando recobró el conocimiento, era tal su desesperación que arrastrando su mutilado cuerpecito llegó al río con el propósito de ahogarse en él; terminar con su vida era lo que quería ella. Sabía nadar muy bien y después de un gran esfuerzo, se dió cuenta de que le faltaba el valor para dejarse ahogar por las aguas.

Entonces pensó en la cueva de un tigre que había visto en la montaña; llegó hasta ella y allí se dejó caer, esperando que viniese el tigre y la devorase. Pero aquel día la fiera no apareció por su escondrijo.

Mientras tanto, su hermano, alarmado por la desaparición de Jivu, dió parte a la policía, por temor de verse complicado en alguna falta. Fueron en busca de la desaparecida hasta que la encontraron, llevándola a la estación de policía, donde permaneció algunos días, tan enferma que apenas si podía moverse.

El jefe de la policía era un hombre bueno, y cuando se enteró de la historia de la pobre Jivu sintió compasión por ella. Él sabía de una escuela cristiana para niñas en Poona, cuya maestra y directora era una tal Ramabai, y pensó que este sería un apropiado refugio para la niña, así que le preguntó si le gustaría ir a vivir allí. Con grande alegría aprobó Jivu este proyecto, y el jefe de policía escribió una orden permitiendo a Jivu viajar hasta Poona. Alquiló un carro que la llevase al puerto más cercano donde podría tomar un vapor hasta Bombay, recomendándole mucho cuidado con el pasaporte que le había dado.

Alegremente Jivu emprendió el viaje, agarrando muy bien sus preciosos papeles y fijándose en todas las cosas que pasaban por la carretera. Pero no habían andado mucho cuando dos hombres mandados por su hermano pararon el carro. Obligaron al hombre que conducía el carro a volver al pueblo. Mientras los hombres discutían, Jivu se deslizó sigilosamente por detrás del carro y pudo salir sin ser vista. No estaban lejos de una estación de policía que ella había visto al pasar, y allí se encaminó la niña trayendo consigo a los pocos minutos dos policías, a cuya vista los hombres mandados por el hermano de Jivu, salieron huyendo.

Una vez a bordo del vapor parecía que todo iba bien, pero en la primera parada aparecieron otra vez los mismos hombres con una cuerda dispuestos a sacar a la niña a la fuerza. Pero el capitán intervino y prohibió que tocaran a la niña.

Al llegar a Bombay, un hombre la estaba esperando diciendo que le habían enviado para llevarla a la estación donde debía tomar el tren para Poona. Jivu siguió al desconocido, sin saber que aquel hombre era otro emisario de su hermano, que la llevó a una casa en la parte de la ciudad donde viven los nativos y la encerraron en un cuartucho vacío. Allí estuvo toda la noche, pero al llegar la mañana pudo llamar la atención de un policía que pasaba, quien

la libertó y la llevó a la estación para Poona. Ahora sí parecía que las oraciones ofrecidas a su nuevo Amigo habían sido oídas y que sus sinsabores se habían terminado. El jefe de policía en el pueblo de Jivu había escrito a la directora de la escuela para que esperara a la niña en la estación. Pero debido a la demora sufrida en Bombay, Jivu no llegó al debido tiempo, y cuando por fin llegó a Poona no había nadie esperándola en la estación. Después de meditar un rato se llenó de valor y le pidió a un guía que la llevara a Sharada Sadan, la escuela de Ramabai. Cuando el hombre la dejó enfrente de una hermosa casa, Jivu pensando que era una equivocación y que aquella no podía ser la escuela, se sentó desconsolada en la orilla del camino y empezó a llorar amargamente.

Ramabai, oyendo el llanto, salió a ver lo que sucedía. «Yo quiero ver a la señora Ramabai», dijo sollozando la niña. «Yo soy Ramabai», fué la respuesta en canarese, la misma lengua de Jivu, y tomándola en sus brazos maternales Ramabai besó amorosamente a la niña y la entró en su casa.

Jivu estaba enferma y por muchas semanas tuvo que permanecer en cama padeciendo de una intensa fiebre, pero la buena Ramabai la atendió hasta que se puso buena.

Pasaron algunos años y Jivu llegó a ser una muchacha instruida y muy consagrada al Señor que la salvó y la había hecho tan feliz. El Señor tenía preparada una obra especial para Jivu en la Misión Mukti que la señora Ramabai dirigía. Bajo su enseñanza Jivu se desarrolló maravillosamente, y después de pasar algunos años en América con Ramabai (durante el tiempo peligroso para Jivu por causa de sus parientes) regresó a su país para hacerse cargo del trabajo de la Misión. Aprendió Jivu el manejo de la imprenta y tenía también a su cuidado esa parte del trabajo. Sabía limpiar las maquinarias, manejarlas y dirigirlo todo. Su mayor gozo era imprimir Nuevos Testamentos y Evangelios para que fuesen distribuidos entre la gente de su amado país. También Jivu cuidaba de los niños enfermos que habían sido traídos a la Misión porque sus padres no los querían. Además de todo esto, lo que más gozo daba a Jivu era ir por los pueblos con los evangelistas anunciando las buenas nuevas de salvación en Cristo Jesús.

Jivu nunca se olvidó del misionero desconocido que le habló del amor de Jesús. Él había muerto y nunca supo de la vida de aquella niñita viuda a quien él había predicado el Evangelio. Ahora este fiel ministro del Señor lo sabe todo, porque hace dos años Jivu dejó este mundo, y los dos juntos ahora se regocijan en la presencia del Señor.

M. LISSA HASTIE

La Misión «Ramabai Mukti» es un refugio que cuida de cientos de niñas viudas, y mujeres y niñas abandonadas. La Misión ocupa un área de más de cien acres en Ked-

gaon, al sur de India, y comprende escuela diaria, pupilos y escuela bíblica; departamentos industriales y para ciegos, imprenta bíblica, Hogar de refugio para viudas, Enfermería, Hospital y dispensario. Es el centro de un gran trabajo de evangelización. Los graduados de la Misión son deseados por todo el país como misioneros, maestros y evangelistas. (N. del E.).

"¿QUIÉN ES ÉSTE?"

UN hombre entraba en Jerusalem, montado en un pollino, rodeado de una gran comitiva de hombres y mujeres entusiasmados y de niños que alegres le aclamaban. Mientras más se acercaba a Jerusalem, más y más aumentaban las aclamaciones de la multitud. Era muy natural que la gente preguntara lo que significaba aquello, pero no era esto lo que ellos preguntaban. Ellos sabían el nombre de aquel hombre, y habían visto u oído hablar de las obras maravillosas que era capaz de hacer. Ellos podían comprender los gritos de alegría de la multitud, pero había algo que era para ellos un gran misterio. «¿Quién es éste?»

Nosotros no preguntamos *quién* fué Pilato, sino más bien qué fué lo que hizo. Tampoco preguntamos *quién* fué César, sino lo que hizo. La importancia mayor de estos hombres no consiste en sus personalidades, sino en sus hechos. Nos interesa saber *quiénes* eran ellos, sólo si ellos nos dan más luz en sus obras. ¿Cuántas personas hay que saben *quién* es Einstein? Sin embargo, cualquier muchacho nos puede decir algo de lo que él ha hecho. Exactamente lo contrario a esto sucede con el Señor Jesucristo. La gente preguntaba una y otra vez «¿Quién es éste?» Este hecho separa a Jesucristo completamente de cualquier otro carácter histórico. Cuando Él leyó las Escrituras en la sinagoga de Nazaret las gentes estaban maravilladas de sus palabras y discutían acerca de su personalidad. «¿No es este el hijo de José?» «¿De dónde tiene éste estas cosas?» «¿Quién eres tú?»

Esta misma pregunta se nos presenta hoy a nosotros. Cualquiera que lea los Evangelios no tiene más remedio que preguntar ¿Quién es este hombre? La pregunta es inevitable, y tan persistente hoy como fué en aquel día en que Jesucristo entró en Jerusalem. Una generación de escépticos e incrédulos viene a creer que la contestación a esta pregunta está ya decidida para siempre, pero la próxima generación busca otra nueva solución a la pregunta. No ha habido todavía una generación que se haya contentado con lo que la precedente generación ha dicho acerca de quién es Jesucristo.

Sin embargo, hay una contestación perfectamente satisfactoria, no inventada por hombres, sino dada por el mismo Dios. La pregunta fué contestada mucho antes de haber venido Cristo, mientras Él estuvo en esta tierra, y después de haber ascendido al

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?

cielo. La respuesta es siempre y para siempre la misma.

El Antiguo Testamento está lleno de profecías y promesas Mesiánicas. Un grupo de creyentes esperaba ansiosamente su cumplimiento. Estas promesas empezaron en el Edén y se extendieron hasta los días de Juan el Bautista, aumentando en número y en detalles minuciosos a medida que Dios hacía más clara y definida la revelación de su plan.

Primeramente Dios dió la promesa de que habría un libertador para la raza humana: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar» (Gén., III, 15). Este libertador vendría de la familia de Shem (Gén., capítulo IX, versículo 26) de la nación Hebrea (Gén., XII, 3), de la tribu de Judá (Génesis, XLIX, 10), de la familia de David (2.º Sam., VII, 16). El tiempo de su aparición fué anunciado por el profeta Daniel (Dan., IX, 25), el lugar de su nacimiento (Miqueas, V, 2), la naturaleza de su nacimiento (Isaías, VII, 14); el lugar de su ministerio (Isa., IX, 1); la naturaleza de su ministerio (Isa., XLII, 1-4), la manera de su entrada en Jerusalem (Zac., IX, 9). Su muerte expiatoria fué predicha una y otra vez, y de una manera que no puede uno equivocarse en Isaías, LIII y en el Salmo XXII; su resurrección en el Salmo XVI y su ascensión en el salmo XXIV. Estas son unas pocas de las muchas profecías que hablan de Él. Se dice que hay 333 profecías directas en el Antiguo Testamento concentradas en Jesucristo. Además de esto hay cientos de figuras y tipos clarísimos de Él en toda la ley, los profetas y los salmos. Estas profecías tuvieron lugar en un período de tiempo de más de quinientos años, y las figuras en un período de miles de años, y todas fueron exactamente cumplidas en la corta vida y ministerio de nuestro Señor.

La ignorancia de las Escrituras ha sido la fuente más fecunda de incredulidad y error. Cristo mismo dijo a los saduceos que ellos erraban por su ignorancia de las Escrituras y el poder de Dios. Los hombres que no han estudiado las profecías del Antiguo Testamento y su cumplimiento literal en Cristo han contestado a la pregunta «¿Quién es Él?» de diferentes maneras. Aquellos que conocen las Escrituras dicen, «seguramente este hombre es el Mesías prometido, el Hijo de Dios».

Los discípulos de Cristo contestaron esta pregunta a su completa satisfacción. Ellos eran hombres de diferentes caracteres y medios de vida. Por más de tres años estuvieron íntimamente asociados con Jesús en su ministerio. Ellos vivieron, trabajaron y anduvieron con Él en una amistad íntima. Ellos le vieron en todas las limitaciones de la naturaleza humana: sed, cansancio. Le vieron impopular, crucificado por el poder romano y la envidia de su pueblo. También le oyeron predicar a las multitudes, y le vieron hacer milagros. Le vieron en debate con sus enemigos, y oyeron sus palabras para ellos, explicando sus enseñanzas. Tuvieron

ellos oportunidad de conocerle como ningún otro la tuvo. Por lo tanto, no tuvieron más remedio que formar alguna convicción de su personalidad. Pedro, antes de la resurrección, habló por todos ellos diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Esta creencia no la modificaron en los años

siguientes; más bien esta verdad fué aclarada, ampliada y más firmemente establecida. En sus predicaciones y en sus Epístolas ellos reconocieron a Jesús como el Señor y el Cristo.

ROBERTO CLARK.

EL ABC DE LA BIBLIA

CAP. XIX. - EL PRIMER NIÑO DEL MUNDO

ADAM y Eva siguieron viviendo fuera del Huerto del Edén. Sabemos que ellos se quedaron cerca del altar donde estaban los querubines, porque pasaron años antes de que alguno «saliese de delante de Jehová». El hombre y la mujer tenían mucho que hacer, tenían que edificar su vivienda y era menester sembrar y recoger el grano. Pero eran felices porque hacían bien su trabajo, y traían el cordero al altar de vez en cuando como Dios les había ordenado. Ellos deben de haberse dicho el uno al otro lo mal que habían hecho en obedecer a Satanás, pero también se acordarían de la promesa de Dios y esperarían con gozo al pensar que el redentor vendría pronto. Esta esperanza aumentó cuando supieron que iban a tener un niño. Porque Dios les había dicho que la semiente de la mujer destruiría al enemigo y ahora que ellos esperaban un hijo, pensaron que este niño tal vez sería el redentor.

Así que cuando el niño nació le llamaron Caín, que significa «Aquí está», y la pobre Eva pensó que todas sus dificultades habían terminado y que pronto estarían otra vez en el Edén con vestiduras resplandecientes, como tenían antes, porque cuando nació el niño, Eva dijo, «adquirido he varón por Jehová», que literalmente quiere decir, «adquirido he varón, aun Jehová».

Pero Caín no era el redentor prometido, y Adam y Eva tuvieron que aprender que su desobediencia había puesto sus corazones tan mal, que todos sus hijos serían pecadores lo mismo que ellos. Ellos no supieron entonces que aquel niño llegaría a ser un homicida.

Después otro hijo les nació, y le llamaron Abel. A medida que pasaron los años Adam y Eva tuvieron muchos niños y niñas. Estos a su tiempo se casaron y tuvieron muchos hijos, así que aumentaron más y más las gentes que vivían fuera del Edén, cerca del lugar donde estaban los querubines.

Os sorprenderéis de que estos primeros muchachos y muchachas se casaran, porque hoy en día los hermanos y hermanas no se casan. ¿Qué es lo que ha pasado para que sea ahora diferente? Porque en aquella época estaba bien que esto se hiciese, pero ahora si hermanos y hermanas llegaran a casarse, sus hijos saldrían enfermos o impedidos. Podemos explicarlo de esta manera.

¿Preferiríais beber agua de un arroyuelo en las montañas donde la corriente acababa de fluir de un manantial puro, o después que ese mismo arroyuelo hubiese descendido de la montaña y hubiese pasado por muchos pueblos, recibiendo toda la basura y suciedad de los lugares por donde pasase? Claro está que preferiríais beber donde la corriente era pura. Las personas son como gotas en una corriente que la llamamos raza humana. La fuente de donde fluía era Dios mismo. Al principio, la corriente era pura, pero ahora hay mucho pecado y enfermedades en ella; y aun hay más y más a medida que pasa el tiempo. Así, que en el principio las hermanas y hermanos podían casarse y los efectos en la salud de sus hijos no eran malos. Después de muchos años esta costumbre fué siendo menos y menos practicada. La Biblia nos dice que Abraham se casó con su media hermana, pero después Dios le dijo a Moisés que los hermanos y hermanas no se casarían más. Ahora que la corriente ha fluído por muchos años, hay muchas enfermedades en la raza humana. En las familias reales, muchas veces los primos se casan, y a menudo sus hijos salen enfermizos. Pero en los días que Caín y Abel se casaron no tenían que preocuparse por estas cosas. Los hombres no habían caído todavía en tales pecados que viviesen como animales, o que echasen a perder sus cuerpos.

Cuando Caín creció, Adam lo tomó para que le ayudase en el trabajo del campo. Tenía que trabajar duramente y necesitaba un hombre joven y fuerte para que labrase más tierra y recogiese una cosecha mayor. Así que Caín tenía que ayudar en este trabajo. Después, cuando Abel creció, Adam lo puso al cuidado de las ovejas. No había todavía nadie en la tierra que comiese carne, porque Dios les había dicho que su alimento sería de las plantas de la tierra. Más tarde Dios cambió este mandamiento, pero en los tiempos de Adam la razón por la cual se ocupaban de las ovejas era para que hubiese corderos para el sacrificio y piel para los vestidos.

Imaginemos a Adam rodeado por las tardes de sus hijos y nietos contándole del redentor prometido. También les diría del cordero. A menudo, durante el día, él tomaba un cordero, el primogénito, perfecto y sin mancha, y junto con sus hijos y nietos irían al lugar de la presencia del Señor, ma-

tando el cordero y derramando su sangre sobre el altar. Esta era su manera de decir que él era un pecador, que merecía ser muerto, pero que creía la promesa de Dios acerca del redentor que vendría a destruir al enemigo, siendo por esto herido.

Después, cuando Caín y Abel crecieron y tenían sus familias era su deber decirles a sus hijos estas cosas, y llevar el cordero al altar, cada hombre por sí mismo, por su mujer y por sus hijos.

Dios nos dice en su Palabra que Abel hizo esto por fe. Eso es la prueba más

grande que tenemos de que así era la manera en que esta gente vivía. Dios dice: «Por la fe Abel ofreció a Dios mayor sacrificio que Caín, por la cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio a sus presentes; y difunto, aún habla por ella».

Desde el momento que Dios dice que esto era «Por fe», que significa creer lo que alguien le había dicho, sabemos que Adam, o Dios mismo de alguna manera, debió haber dicho a los jóvenes lo que ellos debían de hacer.

CAP. XX. — FRUTAS BUENAS QUE ERAN MALAS

A Caín no le gustó hacer el sacrificio del cordero. Podemos imaginar cómo él se estremecía de ver el cuchillo metido en el cuello del animalito. A él no le gustaba ver correr la sangre en el altar. Probablemente pensaba que era una cosa horrible de ver, y tenemos que admitir que Caín tenía razón al pensar así. Era terrible, pero así quería Dios que fuese, porque Él tenía que enseñarles que todos eran pecadores y que sería necesario la muerte de Jesucristo en la cruz para redimirlos de sus pecados.

No pensemos que Caín era un ser brutal o un hombre salvaje. Probablemente era un hombre que le gustaba admirar las bellezas de la naturaleza. Le gustaba ver el cambio operado en las hojas de los árboles al venir los días del otoño, y los colores hermosos de la salida y puesta del sol. Cuando yo veo personas cultas, amantes del arte, amables e instruidas, pero que no les gusta pensar en la muerte de Jesucristo, me hacen pensar en Caín.

Cuando llegó el tiempo en que Caín y Abel debían ofrecer sus sacrificios, Abel preparó su cordero y lo ofreció a Dios. Caín, sin embargo, se dijo que él no iba a pedirle a su hermano un cordero para sacrificar. Tal vez era muy orgulloso para hacer esto o quizá pensó que por qué no podría hacer él algo mejor. De todas maneras, Caín preparó un sacrificio que no era un sacrificio de sangre.

En las ciudades grandes hay siempre muy buenas fruterías, donde arreglan cestos de frutas hermosísimos. Los cestos están bien hechos, y las frutas escogidas de entre las mejores, y arregladas artísticamente. Siempre que yo veo estos cestos recuerdo el sacrificio de Caín. Me figuro que Caín invirtió mucho tiempo en preparar su sacrificio, escogiendo los mejores frutos de su huerta y las más lindas frutas de su arboleda. Caín se iba a hacer una religión propia, una religión hermosa sin ninguna sangre en ella.

El próximo número de ESPAÑA EVANGÉLICA se publicará, Dios mediante, el jueves día 12 de Julio.

Por fin Caín ofreció su sacrificio. Esto significaba que tenía que hacer otro altar, diferente al altar donde estaban los querubines, mas él no se preocupó por esta dificultad, pero Dios no podía aceptar su fruta, a pesar de su hermosura. No sabemos cómo Dios demostró a Abel que Él aceptaba su sacrificio de sangre y a Caín que Él rechazaba sus hermosas frutas. Una vez vi un cuadro representando a Caín y Abel. Había dos altares, el de Abel con su cordero, y el de Caín con sus frutas. El artista había pintado el humo del fuego de Abel ascendiendo al cielo, mientras que el humo del sacrificio de Caín se esparcía por la tierra. No sabemos si fué así o no, pero sí sabemos que de alguna manera Dios les haría ver que Él aceptaba el sacrificio del uno y rechazaba el del otro.

La belleza de los frutos no le importaba nada a Dios. Él no estaba interesado en frutos cuando había mandado que el sacrificio fuese de un cordero. Si yo mando a mi niña que ponga en orden su cuarto de juego, y en lugar de hacer esto va a estudiar el piano, tendré que castigarla, aunque a mí me guste mucho que ella estudie el piano. Mientras ella no me obedezca arreglando su cuarto no puede contentarme tocando el piano; nada de lo que ella haga, por bueno que sea, puede agradarme si me ha desobedecido.

Lo mismo sucede con Dios. Estamos seguros, por lo que sabemos de Dios en su Palabra, que si Caín hubiese tomado el cordero y derramado primero su sangre, entonces hubiera podido ofrecer las frutas, no como un sacrificio, sino como una ofrenda, y Dios se hubiera agradado en ello. Si Caín hubiera dicho: «Oh Dios, soy un pecador. Necesito venir al altar de tu gracia. Traigo el cordero y derramo su sangre, que es una figura de tu promesa acerca del redentor que vendrá, y Señor, te amo tanto que quiero darte estas frutas que me han costado mucho, he trabajado mucho por ellas, y he escogido las mejores para tí. Te las ofrezco, no como un sacrificio por mis pecados, sino como una ofrenda de amor». Dios hubiera aceptado su ofrenda. Pero como Caín rechazó el sacrificio de sangre, Dios no pudo aceptar nada de él.

Caín hizo lo mismo que aquellos que no quieren creer en Jesucristo, sino que piensan que Dios puede estar satisfecho y con-

tento de ellos si viven una vida buena. Dios nos dice que nuestros pecados no pueden ser quitados haciendo cosas buenas. Tenemos que creer en Jesucristo. Entonces podemos hacer todas las cosas buenas para enseñar a Dios que le amamos de veras.

Pero lo que pasó después demostró a Caín que toda la semilla del mal estaba en su corazón, y que su amor a la belleza no pudo evitar que él fuese un homicida.

CURIOSIDADES

El verbo Poner es uno de los más zaran-deados de la Gramática y uno de los que se prestan al gusto de todos.

Véase en la siguiente lista:

La gallina.	Pone.
El testigo.	De Pone.
El operario.	Com Pone.
El remendón.	Recom Pone.
El químico.	Descom Pone.
El vanidoso.	Se ante Pone.
El testarudo.	Contra Pone.
El industrial.	Ex Pone.
El Estado.	Im Pone.
El chismoso.	Indis Pone.
El entrometido.	Se inter Pone.
El orgulloso.	Se sobre Pone.
El calumniador.	Su Pone.
El ladrón.	Tras Pone.
El viajero.	Se ultra Pone.
El prudente.	Predis Pone.
El hombre.	Pro Pone.
Y Dios.	Dis Pone.

El Nuevo Testamento

con notas destinadas a poner de relieve las verdades esenciales que él encierra, redactadas por el pastor Faivre, y traducidas al español por J. T. de la Cruz.

Interesante para estudio y consulta. De venta en la Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Precio: 1,50 pesetas.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1934

España y Portugal.

Año	6,— ptas.
Semestre	3,— »

Paquetes desde 10 ejemplares:

Trimestre, por ejemplar	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— ptas.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar.	8,— »

Los demás países.

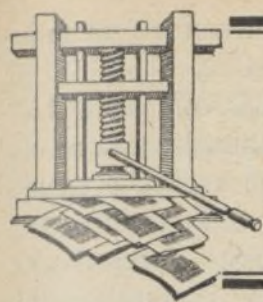
Año	12,— ptas.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

BENEFICENCIA, 18. + MADRID (4)

Teléfono 33590.



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

[En pleno siglo XX... y con República]

Un auto de fe.

Hasta nosotros llega la noticia, que nos ha producido el asombro que nuestros lectores pueden suponer, de que en el pueblo de Toral de los Guzmanes (León), se ha celebrado hace poco un auto de fe, quemándose ejemplares de la Palabra de Dios, y literatura evangélica, auto de fe que ha estado a cargo del cura de la localidad.

He aquí cómo refiere el hecho el misionero D. Eduardo Turrall, en carta dirigida a un querido hermano en la fe, residente en Madrid:

«En nuestra fiesta anual para los niños, los 150 alumnos recibieron o un Nuevo Testamento, o un Evangelio, o alguna porción, como premio por su asistencia durante el año. La mayor parte de estos niños son de familias católicas, y por consiguiente, asisten a la Iglesia católica. Un nuevo sacerdote, joven, ha venido a este pueblo, y éste al pasar lista el Domingo después de nuestra fiesta preguntó a cada uno de los pequeños si había venido a nosotros, y si había recibido un libro. Al recibir contestación afirmativa envió a los chicos a casa por los libros, prometiéndoles dar otros mejores. Al recibir los libros los rompió uno por uno, y luego, llevando todo a la plaza, los quemó.

De esta manera fueron consumidos: una Biblia, un Nuevo Testamento, varios Evangelios y muchas porciones, además de libros de historia, como «El niño del bosque», «La primera oración de Carlota», etc.»

Hasta aquí lo dicho por el Sr. Turrall. ¿Comentarios? En realidad, sobran, pero permítasenos añadir algunas palabras.

No comprendemos cómo nuestros hermanos en la fe, de Toral de los Guzmanes, han silenciado este hecho. Creemos que dentro de la humildad cristiana, que mal entendida, puede interpretarse a veces como cobardía, cabe exigir el cumplimiento de derechos que las leyes garantizan.

Lo que sí comprendemos bien es la estrecha mentalidad del cura de dicho pueblo, muy de acuerdo con el espíritu «liberal» de la Iglesia en que milita.

Pero, en fin, no pensemos mal de él. A lo mejor ha realizado este auto de fe, no por pequeño menos elocuente, como preparación para celebrar el centenario de la abolición legal de la Inquisición en España, cuyo centenario, próximo a celebrarse, querría conmemorar el elemento clerical restableciendo de nuevo el funcionamiento de aquel funes-

to Tribunal del Santo Oficio, que tanto daño material y espiritual produjo a nuestra patria.

Iglesia Metodista Episcopal de Alicante.

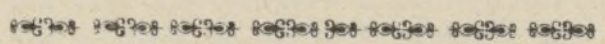
Hemos tenido el privilegio de recibir la visita de nuestro querido hermano D. Adolfo Araujo, de paso para Denia, Valencia y Mallorca. Durante su breve estancia se organizó un importante acto en el que el señor Araujo dió una conferencia sobre «La posición evangélica hoy en España». Este tema, de tan palpitante actualidad, fué desarrollado con especial acierto, elocuencia y fuerte convicción, llegando los argumentos al corazón de las gentes, entre las cuales se contaban miembros de la Iglesia Bautista.

La orquesta de la Iglesia acompañó los himnos y tocó dos obras clásicas. Muy agradecidos quedamos al Sr. Araujo por su visita y por su interesantísima conferencia.

Los evangelistas Strachan-Palomeque.

Concluido el Congreso de Madrid estos hermanos reanudaron las actividades evangelísticas que están llevando a cabo por toda España, empezando por una serie de reuniones en los campos que en la provincia de Ávila están bajo el cuidado y responsabilidad de D. Tomás Rhodes.

Todas las reuniones llevadas a cabo estuvieron muy concurridas y fueron favorecidas



Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Julio.

ALABANZA:

Por la promesa de que las potestades del infierno no prevalecerán contra nosotros.

Por los hermanos nuestros que en otros tiempos sellaron con su vida su amor al Crucificado.

Por la abolición de la Inquisición.

SÚPLICAS:

Para que el Señor nos conceda los elementos necesarios para extender la obra del Evangelio en España.

Para que despierte la generosidad de los evangélicos en pro del sostenimiento de su Iglesia.

Por un crecimiento espiritual en todos los evangélicos españoles.

Por un despertamiento del pueblo español a la luz y libertad del Evangelio.

con señaladas bendiciones del Señor. Pero digna de especial mención es la que se verificó en un salón de un café, en el pueblo de Cebreros, y bajo circunstancias que la hacen sumamente interesante. El Sr. Rhodes, que en otras ocasiones había verificado reuniones de esta especie, y con muy buenos resultados, invitó a entrar en el referido café y sentándose todos a una mesa pidieron fuesen servidos por el camarero. El salón estaba poco animado; únicamente en dos o tres mesas había unos cuantos, que por cierto estaban jugando a la baraja y al dominó. Pero poco a poco fueron llegando nuevos clientes y tomando asiento en diferentes lugares, y el Sr. Rhodes, antes que estos nuevos asistentes se pusieran a jugar, les invitó a oír, si es que querían, una plática muy interesante. Cinco o seis asintieron e inmediatamente formaron corro alrededor de los tres siervos de Dios, empezando el Sr. Palomeque una conferencia, más bien charla íntima, explicando los grandes beneficios que el Evangelio trae a las personas que lo ponen en práctica, ilustrando su plática con sus propias experiencias personales. Era de ver el interés despertado en unos y otros, que dejando sus propias mesas fueron agrupándose, formando extenso corro, algunos hasta abandonando el juego para venir a escuchar, hasta que a los pocos momentos unas cincuenta personas, entre las cuales se encontraba la misma pareja de la Guardia civil, escucharon con la mayor atención esta interesante predicación del Evangelio, que duró por cuarenta minutos.

Un método admirable de conseguir que escuchen las Buenas Nuevas de Salvación quienes menos piensan en tal cosa; pues lo menos en que puede pensar un hombre que se dispone a pasar la velada en un café conversando insulsece, o quizá jugándose el dinero, es en disponerse a escuchar una predicación del Evangelio, y, sin embargo, allí, en sus propios centros de diversión, oyeron una exposición clara y sencilla, pero rotunda, de la Buena Voluntad que tiene Dios aun para los que buscan su deleite en las vanas conversaciones y peligrosos placeres.

En Cartagena.

En la noche del lunes 28, hubo una reunión especial en esta iglesia. El Sr. Strachan, después de hablar sobre la obra que realiza en las Repúblicas sudamericanas por más de treinta años, se refiere especialmente a su actuación en Costa Rica, donde ha fundado un Instituto, un orfanatorio, un hospital y una revista, llevando todas estas instituciones el apéndice de «bíblico». Acto seguido enseña un coro: «Yo tengo gozo en mi corazón, porque Cristo me

salvó». Y esta actuación del querido hermano está llena de vigor y de potencia de espíritu.

El Sr. Palomeque, fundándose en Lucas, capítulo II, versículo 10, «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo», presenta en una bella figura la tristeza del romanista ante su imposibilidad de llegar al cumplimiento de sus deberes religiosos, figura que resalta en los lienzos donde se presenta el rostro taciturno de los grandes santos. En magnífico parangón presenta el gozo del cristiano que ha alcanzado la seguridad de su salvación, y cuya vida resplandece aún en medio de las tristezas y penalidades que le sobrevengan, siendo su gozo tan distinto del gozo mundano, que se asemeja a la careta que, sonriente, puede cubrir un rostro que está contraído por un rictus doloroso. Presenta rasgos de su propia vida antes de conocer a Cristo para llegar a la conclusión de que todos los que se sientan dominados por cualquier vicio serán libres si acuden a Cristo, fundándose en las palabras de Juan, VIII, 36: «Así que si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres».

El Sr. Strachan termina con un llamamiento a los que se sienten oprimidos, invitándoles a levantar la mano para orar con ellos y para ellos. Ya que no se atreve ninguno a hacer confesión pública, les ruega que no dejen pasar esa noche sin llegarse a Cristo con la oración del publicano en el templo: «Señor, sé propicio a mí pecador».

Y este mismo método se ha observado en las tres reuniones siguientes en las Iglesias de la calle de San Roque y del barrio de San Antón y otra vez en la de la calle del Rosario. Estas reuniones de evangelización, de avivamiento y de llamamiento a los que se sientan atraídos a Cristo, orando con ellos y por ellos, son de resultados sorprendentes para agregar almas a la Iglesia, pues ha habido el gozo de que hiciesen confesión pública de su fe algunos de los que probablemente no se atrevieron a hacerlo en la primera ocasión, y lo han hecho en sucesivas. — *José Crespo*.

En Reus.

Habiéndonos ofrecido el Sr. D. Enrique Strachan pasar por esta ciudad, con D. Samuel Palomeque, para darnos alguna conferencia evangélica, lo aceptamos muy gustosamente; y propuesta la fecha para una sola, para el jueves 7 de este mes de Junio a cargo del Sr. Palomeque, así se ha verificado.

Considerando que la capilla es de regulares proporciones resolvimos que se hiciera en ella, haciendo los preparativos de propaganda conveniente a fin de obtener la mayor concurrencia posible, como efectivamente la ha habido, pues además de los asientos permanentes añadimos más de 70, y todo estuvo lleno, incluso una sala contigua.

El auditorio estuvo muy atento durante las dos horas que el conferenciante habló, sobre todo a la última parte, que el señor

Los abonados de paquetes son invitados a pagar el importe del segundo trimestre, si desean continuar recibiendo el periódico.

Palomeque refirió su conversión, cuyos detalles interesaron vivamente, y más particularmente a las personas que no son del todo ajenas al Evangelio, haciendo notar muy marcadamente cómo Jesús es poderoso para salvar a pecadores tan hundidos en la perdición. — *Juan Usach*.

Reunión de señoras, en Barcelona.

El día 13 de Mayo, a las cuatro de la tarde, nos reunimos en la Iglesia de la calle de Ripoll, un grupo de señoras y señoritas de esta Iglesia con algunas de otras Iglesias de Barcelona que se juntaron con nosotras para celebrar el décimo aniversario de la fundación de la «Reunión de Señoras», que ha dirigido D.^a Isabel Adam desde su principio.

Ocupó la presidencia D.^a Josefa Goetz, que pronunció algunas palabras acertadas y provechosas. Luego escuchamos con mucho interés a D.^a María Araujo de Mir, que nos contó sus impresiones del Congreso celebrado últimamente en Madrid. Las palabras de D.^a Isabel explicando cómo empezó esta Reunión y algo de lo que ha realizado durante estos diez años, seguramente fué una revelación inesperada para algunas de las asistentes, pues creo que no todas sabían que veinticinco de los nuevos miembros que han entrado a formar parte de esta Iglesia durante los últimos diez años, son fruto de esta Reunión. Además de preparar «piedras vivas», las señoras han hecho lo que han podido a favor del templo nuevo, que tanto deseamos ver, habiendo entregado la cantidad de 4.674 pesetas. El mensaje que la señorita Paxson nos dió sobre San Juan, XV, 1-8, fué también una ración selecta de alimento espiritual para nuestras almas. Pasamos un tiempo de solaz, disfrutando del ambiente espiritual que es habitual a esta Reunión, y que tantas veces me ha hecho sentir «más arriba». — *M. L. P.*

El Colportor en la "Feria de Año".

Acompañado del veterano y celoso colportor D. Severiano Millos, de Vigo, trabajé la gran «feria del año» que, en la comercial y pintoresca villa de La Estrada tuvo lugar el día 3 del pasado Abril. Siendo un poco temprano para formar corros, comenzamos el trabajo en ambulancia. Después de no poco trabajo, conseguí convencer a un joven que adquiriera un Evangelio, siguiendo mi tarea, que no siempre es fácil, por cierto. Apenas me había alejado de nuestro joven, cuando veo que un cura se le acerca y le dice: «Rompe ese libro, ¿no ves que es protestante?» Oír lo que el cura le decía y enfrentarme con él para

recriminar su proceder, fué cosa de un momento.

— ¡Qué paradoja! ¿Usted que gusta llamarse ministro de Cristo manda romper el Evangelio de Cristo? ¿Qué ha hecho usted por interesar al paisano en la lectura del santo evangelio? (La respuesta es negativa). En cambio ha procurado, aunque inútilmente, deshacer una buena obra que yo había hecho. Buena y necesaria, máxime en estos tiempos de incredulidad. ¿No será, precisamente fruto del abandono de ustedes el estado actual de las masas? ¡Qué desencantos se van a ver en aquél día!

Rojo de cólera y con voz entrecortada me replica:

— Es que este libro no es verdadero. Es el Evangelio protestante de Lutero, que dejó nuestra Santa Religión para amancebarse con una monja.

— ¿Cuántas veces es necesario decir que el Evangelio ni es protestante ni católico-romano? ¡El Evangelio no tiene etiqueta! Es la palabra de Dios. No importa si la traducción es de Scio o de Valera.

Como nuestro buen cura no sabía hacer otra cosa sino repetir las mismas palabras, un paisano le interrogó: — ¿Y qué me cuenta de San Ignacio de Loyola? — ¿Y Torquemada? — exclama el Sr. Millos, que ya se había unido al corro. — ¡Y Pedro Arbués!, replica un tercero.

Seguidamente tomé la palabra, hablando brevemente de Lutero en su infancia y del espíritu religioso del joven que le indujo a ingresar en el convento, haciéndose fraile agustino. El hallazgo de la Biblia encadenada y su asombro al encontrar las sublimes verdades encerradas en ella. Su viaje a Roma y la corrupción que vió entre la «casta» sacerdotal. La escalera de Pilato y la verdad que había descubierto en el Libro: «El justo por la fe vivirá». Su vuelta a Alemania y su protesta contra Juan Tetzel, emisario romano y gran traficante o mercader con las indulgencias, verdadero engaño salido del infierno.

— Eso no es verdad, me replica, por fin, el cura, pálido como la cera y con unos gruñidos más propios de animal que de persona, y vuelve a repetir el estribillo o «historia» que le habían contado en el seminario.

El corro, que estaba compuesto por personas de todas las edades, predominando el elemento femenino, era enorme. El señor Millos aprovecha unos momentos para hacer un llamamiento al cura para que deje a un lado los responsos y misas, para predicar el Evangelio de la gracia salvadora.

— ¡Paisanos! — exclamé —. El purgatorio no existe!, y voy a demostrarlo por la palabra de Dios. El entusiasmo se desbordó entre los paisanos. (El cura, con paso de liebre se «escurre» por entre la multitud). Había que poner fin a la discusión, ya que nuestro célebre cura no sabía más que repetir el mismo cuento. Con la Biblia en la mano cité varias porciones adecuadas: «Cristo ofreció por los pecados un sólo sacrificio para siempre». Al ruego del ladrón arrepentido, Cristo le contestó: «Hoy esta-

rás conmigo en el paraíso». No hubo purgatorio para el ladrón, porque se arrepintió, ni lo hay para ninguno de los que, arrepentidos, acudan a Cristo. ¿No vino Él para salvar a los pecadores? ¿No pronunció Él aquella consoladora y significativa palabra «Consumado»? ¿Qué quiso decir con esto? Que la obra de la redención quedaba hecha, queridos paisanos. ¡Solamente se nos pide que nos arrepintamos y nos convirtamos, para que sean borrados nuestros pecados! La sangre de Cristo limpia de todo pecado. Todo, quiere decir, todo sin excepción ni limitación: que no queda nada. ¡Tal es el alcance de la obra realizada por Cristo en la cruz! Creer, pues, en la existencia de un fuego purificador es negar la verdad eterna de que la sangre de Jesucristo «limpia de todo pecado». ¡No, queridos paisanos! El dinero no compra la gracia de Dios. San Pedro declaró que «somos rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata; sino con la sangre preciosa de Cristo». El purgatorio es invención romana. Fué promulgado como dogma de fe en el siglo xv en el Concilio Florentino.

Después de lo que queda consignado y algo más, hice un llamamiento a mis queridos paisanos para que ellos, por sí mismos, vieran si estas cosas eran así, leyendo y escudriñando en la Escritura. Y si entre los que me honraban con su presencia había los que todavía no tenían la Escritura o el Nuevo Testamento (aquella villa está muy trabajada y casi lo llenamos «todo» con porciones de las Escrituras), aquél era el momento. ¡Aprovechad la oportunidad! Un buen número de manos se levantaron pidiendo Testamentos y porciones de la Biblia.

Como la gente quería oír más, procuré enseñarle un coro, y pronto estaban cantando con nosotros, añadiéndose nueva gente al numeroso corro. Era el siguiente, que habla tan elocuentemente:

Perder los bienes es mucho,
Perder la salud es más;
Pero si pierdes el alma
No la recobras jamás.

Cambiamos de sitio y tras el cántico de nuestro coro y el reparto de un buen número de Tratados, volvimos a tener un nuevo corro, algunos eran de los que habían estado en el primer corro, y con un silencio admirable y libertad de espíritu les anuncié, de nuevo, «el camino que llaman herejía», vendiendo, nuevamente Testamentos.

En uno de los últimos corros, numeroso, por cierto, a cierta distancia, estaban dos curas jóvenes que escucharon hasta el final.

Un buen amigo, en África, desea correspondencia frecuente con señorita o caballero culto, para mejorar su conocimiento del español. Dirigirse, con condiciones, a la Administración de ESPAÑA EVANGÉLICA..

IGLESIA DE JESÚS

Calatrava, núm. 25. — Madrid.

Culto durante el verano:

Los Domingos, a las diez de la mañana.

La gente asomada a las ventanas también parecía atenta. Era necesario elevar la voz y nunca, aunque había hablado bastantes veces me sentí con más fuerzas. El Señor me ayudó y esforzó y de una manera clara y sencilla les anuncié el camino de la salvación.

¡Quiera el Señor bendecir Su palabra para salvación aún de aquéllos curas que por primera vez quizá en su vida, escuchaban la grata nueva de la salvación por gracia! — *Ur de las Nieves.*

NOTAS BREVES

Ha marchado a Costa Rica nuestro joven amigo don Pablo Gaertner, que entre otros asuntos va a cursar estudios bíblicos en el Colegio Evangélico de San José. Feliz viaje y muchas bendiciones le deseamos sinceramente.

Iglesia Evangélica Española, Málaga. — El día 5 de Junio fué bautizado, en la capilla de la Misión de Los Rubios, el niño Pepe Luis, hijo de nuestros hermanos D. Evaristo Roldán y D.^a Carmen Arias, a quienes felicitamos.

El 9 de Mayo recibió cristiana sepultura, en el Cementerio Municipal de San Miguel, el joven Helenus Peters, súbdito alemán. Ofició el Rdo. C. Gutiérrez Marín.

Iglesia Evangélica Española, Sevilla. — Han solemnizado su matrimonio religioso en esta Iglesia los jóvenes Manuel Velázquez José y María Lagares García, siendo apadrinados por los señores de Berrio. Bendijo la unión el Rdo. Patricio Gómez. Nuestros deseos de muchas bendiciones para los nuevos esposos.

Los amigos de "España Evangélica".

Donativos recibidos desde el 15 del pasado Marzo para ayudar a la publicación de esta revista.

	Pesetas.
Antonia Digon, San Sebastián	4,—
Luis Mena, ídem	4,—
Delfín Domínguez, Villaescusa.	1,—
Lidia Calamita, Utrera	4,50
Ernesto Ballesteros, ídem	4,50
Noemi Cardonne, San Sebastián	2,—
Agnes Crawford, Zurich	46,45
Ramón S. Lamadrid, Llanes	5,—
Sebastián Villar, Murcia	2,—
Antonia Morales, San Fernando.	2,—
Iglesia Evangélica Española, Santander.	20,—
Gabriel Perret, Torrelavega.	19,—
John D. Fritz-Gerald, Tucson.	15,—
P. I., Barcelona.	2,—
Abdón Alonso, Soria	1,—
Mm. Arijoux, Megrine	3,—
Pedro López, Monzón.	7,—
Victorino Marrugal, ídem	2,—
Francisco Elbaile, Lalueza	4,—
J. S. Tetley, Londres.	50,—
José Madrazo, Santander	4,—
J. F. Torollo, Sabadell	5,—
Emilia Pascual, Río Tinto	5,—
Benjamín Puig, Barcelona	2,—
Francisco Fernández, La Línea	1,—
Jorge Turanzos, P. de Llanes	4,—
F. Tornadizo, Burjasot	4,—

Muy agradecidos a todos los donantes.

NUESTRA ESTAFETA

M. G. St. Helens; A. C., Palma. — Recibidas sus cartas y giros. Agradecemos de todo corazón sus elogiosas palabras acerca del Congreso.

C. F., Santiago. — Recibida su carta. Sentimos no poderla publicar, pero con las explicaciones del señor S. dimos por terminado el asunto, y no hay por qué volver sobre él.

E. H., Tetuán. — No podemos decirle cuando se publicará la lista de Iglesias y Capillas. Tenemos el propósito de publicarla, pero ¡no se figura usted lo que cuesta conseguir todos los datos necesarios para ello!

A. A., Acubilla de las Peñas. — El periódico se le envía con toda puntualidad. ¿No será el cartero de ahí algún carca?

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 1 de Julio.

Ahías y la división del reino.

1, Reyes, XI, 29-39.

TEXTO ÁUREO: Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu. — Prov., XVI, 18.

TÍTULO: Por qué Israel tuvo dos reyes.

1) PROPÓSITO: Enseñar a los niños cómo el orgullo y la soberbia conducen al fracaso.

2) INTRODUCCIÓN: Repárese brevemente la historia del establecimiento de los israelitas en la tierra de Canaán, y hállese de sus dos clases de gobierno: jueces y reyes.

3) LA LECCIÓN: Preséntese a la clase a Salomón como un rey sabio y bueno; pero al fin cometiendo graves equívocos. Se casó con mujeres paganas y les edificó altares para que adorasen los ídolos. Esto produjo la idolatría entre el pueblo con fuertes impuestos. La lección se refiere a Roboam, hijo de Salomón y sucesor en el trono de Israel. El pueblo pidió a Roboam que les aliviara en las contribuciones, pero éste en lugar de escuchar el consejo de los ancianos oyó a los jóvenes. Esta insensatez condujo el reino a la división, cumpliéndose así la profecía de Ahías a Jeroboam. Hágase énfasis en las promesas condicionales que Dios le puso a Jeroboam, por boca del profeta Ahías, para obtener éxito, etc.

4) ILUSTRACIÓN: *La caída de la soberbia.* Con frecuencia habremos visto a un niño que corre contoneándose para lucir ante los que le ven su traje nuevo, y si llega a tropezar y caer, al ver su vestido manchado de polvo, llora más fuerte a consecuencia de su caída que lo que alardeó con su vestido nuevo. De igual modo Dios ha puesto muchas gracias sobre ti. A la vista de ellas alardeas como Nabucodonosor a la vista de su palacio, y como un insensato te admiras de ti mismo hasta que tropiezas con tus propios dones. Y cuando te has caído, tú que hiciste alarde como un insensato, lloras

Cuando haya leído este periódico, no lo tire; envíelo a algún conocido.

como un niño porque ves tu traje de muchos colores manchado y ensuciado por la caída. — *Cawdry*.

Domingo 8 de Julio.

Asa se confía en Dios.

2 Crón., XV, 1-12.

TEXTO ÁUREO: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me hará el hombre. — Hebreos, XIII, 6.

TÍTULO: Asa, el rey de corazón sabio.

1) PROPÓSITO: Apreciar todo el bien que una persona de corazón sabio puede hacer.

2) INTRODUCCIÓN: Háblese brevemente del carácter de los dos reyes que reinaron antes de Asa: Roboam y Abías.

3) LA LECCIÓN: Asa fué un gran rey y tuvo un gran ejército; pero él no confiaba en la fuerza de su ejército, porque era un hombre de corazón sabio que dependía de Dios. Asa fué obediente a Dios. Cuando el numeroso ejército de los etíopes vino para pelear con él, oró a Dios y confió en que Dios le daría la victoria, y así fué: con un pequeño ejército comparado con el numeroso de los etíopes, venció a éstos, y sus soldados recogieron gran despojo. Cuando el profeta Azarías le animó para que buscara al Señor y restaurara la verdadera religión, el rey quitó la idolatría de Judá, reparó el altar de Dios, reunió a todo el pueblo en Jerusalem para ofrecer holocaustos, y con sus súbditos hizo el pacto de que buscarían a Dios con todo su corazón y con toda su alma, etc.

4) ILUSTRACIÓN: *Confianza en la ayuda divina.* — Conversaban algunas señoritas con su profesora, respecto a lo que haría cada una de ellas en caso de suceder alguna calamidad. Preguntaron a la profesora cuál sería el refugio que ella escogería y esta las contestó: «Mi refugio sería y será siempre mi Dios».

Domingo 15 de Julio.

Dios cuida de Elías.

1 Rey., XVII, 1-7; XIX, 1-8.

TEXTO ÁUREO: Vuestro Padre celestial sabe que de todas estas cosas habéis menester. — Mat., VI, 32.

TÍTULO: Cómo Dios cuidó de Elías.

1) PROPÓSITO: Hacer comprender a los niños el maravilloso cuidado que Dios tiene de sus hijos.

2) INTRODUCCIÓN: Háblese brevemente del cuidado de Dios con los pajaritos del cielo, y los lirios del campo.

3) LA LECCIÓN: Una sequía terrible y un hambre espantosa azotaron a la tierra de Israel, porque el pueblo había abandonado a su Dios. Achab y Jezabel estaban disgustados con Elías y le buscaban por todas partes sin dar con él. ¿Dónde estaba escondido Elías? ¿Cómo lo alimentó Dios cuando el pueblo de Israel sufría por causa del hambre? El arroyo se secó y Elías tuvo que irse a un pueblo pequeño. ¿Quién lo alimentó allí y de qué manera fué aumentada la harina y el aceite de la viuda?

4) ILUSTRACIÓN: *La protección de Dios.* — En cierta ocasión, algunos cristianos escoceses se reunieron entre unas montañas para poder celebrar un culto, ya que eran muy perseguidos y no les era posible celebrarlo en los pueblos y las ciudades. De pronto observaron que en una de las cumbres que rodeaban el lugar donde ellos estaban, había unos soldados que iban en su persecución. El pastor, viendo el peligro que corrían, dijo: «Oremos a Dios para que nos ayude, de lo contrario, caeremos en manos de nuestros enemigos y seremos muertos». Hiciéronlo así, y antes de terminar, se levantó una niebla muy espesa que ocultó a los reunidos y sus enemigos no pudieron encontrarlos.

Domingo 22 de Julio.

Elías oye la voz de Dios.

1 Reyes, XIX, 9-18.

TEXTO ÁUREO: Habla, Jehová, que tu siervo oye. — 1 Samuel, III, 9.

TÍTULO: Lo que Elías estaba listo a sacrificar.

1) PROPÓSITO: Demostrar a la clase cuánto se pierde permitiendo que el desaliento domine a la persona.

2) INTRODUCCIÓN: Relátese brevemente lo que significaron las palabras de aliento del apóstol Pablo en el naufragio en la isla de Melita.

3) LA LECCIÓN: Elías estaba pasando por «días oscuros». ¿Por qué se desalentó tanto Elías? ¿Tenía razón para temer tanto a la impía reina Jezabel? Demuéstrese cuán equivocadamente pensamos y vemos las cosas cuando permitimos que el desaliento nos domine. Elías contó los fieles a Dios y no pudo encontrar uno solo. Dios los contó y encontró que aun quedaban siete mil. Explíquense las tareas que le fueron encomendadas a Elías y cómo fué arrebatado por un torbellino de fuego y llevado al cielo. Por último permítase que los niños deduzcan del estudio de la lección lo que estaba listo a sacrificar Elías si Dios hubiera oído su oración pidiendo la muerte.

4) ILUSTRACIONES: Las ilustraciones más hermosas e interesantes para esta lección son algunas narraciones bíblicas escogidas a propósito.

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

HABITACIÓN muy ventilada, 35 pesetas. Viario, 31. Madrid. — Encarnación del Pozo.

PARA SUS vacaciones en Gijón, casa con baño, muy cerca de la playa. Espléndidas habitaciones. Buena pensión. Desde 7 pesetas. Cabrales, 36, 2.º. José García.

ALFONSO FOTÓGRAFO
TELÉFONO 2569
FUENCARRAL 6 MADRID

¡LIQUIDACIÓN!

Por sólo TRES PESETAS

REMITIREMOS

certificado y franco de porte, este lote de 60 tratados (todos diferentes).

A los cristianos evangélicos aislados en las ciudades y aldeas.
¿A quién me dirigirá?
Las aflicciones.
¡Ahora, ahora!
El amigo de los españoles.
Antiguos reformistas. (Porciones escogidas de las obras del Dr. Juan Pérez.)
Apología Evangélica.
Ateísmo.
Ateo.
Baluarte evangélico.
La Biblia subrayada.
La Biblia, sus amigos y sus enemigos.
La Biblia y el pueblo.
La blasfemia.
El camino de la vida eterna, explicado.
¿Cómo se perdonan los pecados?
Consejos y advertencias a los jóvenes cristianos.
Consejos y advertencias a las jóvenes cristianas.
Correspondencia familiar sobre religión.
Cosas que cualquier hombre puede descubrir.
Cristianismo y Librepensamiento.
Cristo entre vosotros. (Con motivo del Congreso Eucarístico.)
Cuando uno se muere, todo se acabó.
El culto a las imágenes.
El culto evangélico.
Dios.
Dios es Amor.
Dios te ama.
Dos lechos de muerte.
Dos soldados americanos.
Dos vidas perdidas.
Jesucristo.
¿Es María madre de los hombres?
¿Eres cristiano?
La Fe o la Desesperación. (Pascal o Renan.)
Índice de los Cuatro Evangelios.
Los juegos de azar.
Liberales, ¡a defenderse!
Libertad y responsabilidad.
Lidia y Ester, o los caminos del Señor son maravillosos.
¿No he hecho mal a nadie!
¿Oras tú en secreto?
La oración de una fregoncilla.
Palabras sencillas.
Panteísmo.
La Pasión, Muerte, Sepultura y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Según el Padre Scio.)
Pero, ¿existe de veras el purgatorio?
¿Por qué?
La Santa Biblia.
¿Se ha verificado el enganche?
La serpiente de metal.
Servirá para encender mi pipa.
El significado de una palabra. (Folleto perseguido por la Dictadura.)
Los toros.
Un esclavo de las Antillas.
Un hebreo buscando la sangre de la expiación.
El verdadero fundamento de la paz.
La vida cristiana con respecto a Dios, a los hombres y a la Iglesia.
¡Viva la libertad de conciencia!
La vuelta de una pródiga.

NOTA. — Agotándose algún tratado se sustituirá por otro parecido.

Para las Repúblicas americanas dos de estos paquetes por sólo un DOLAR ORO

Pedidos a D. JUAN FLIEDNER Calatrava, 25 - MADRID (5)

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
ALAMEDA, 12 - MADRID